

nuevo cine español II

AL SERVICIO DEL PÚBLICO

DESDE estas mismas páginas he hablado en más de una ocasión del «nuevo cine español», pronunciándome a priori en su favor, no por admitir radicalmente su calidad, sino por reconocer que una renovación —al menos nominal, nuevos hombres de cine en las carteleras— bastaría para vitalizar el átono panorama de nuestra cinematografía. Pero no dejé tampoco de señalar que había que esperar a que las películas de esos jóvenes llegaran al público —su real y definitivo destinatario— para establecer un veredicto mínimamente solvente y admitirlas o rechazarlas sobre la base de una confrontación de su eficacia frente al público. Este hecho ya se ha producido: casi una decena de películas debidas a realizadores noveles han sido estrenadas. Veamos los resultados:

«Del rosa... al amarillo», de Manuel Summers, ocho semanas en el cine de estreno; «El buen amor», de Francisco Regueiro, una semana; «Se necesita chico», de Antonio Mercero, una semana; «Llegar a más», de Jesús Fernández Santos, una semana; «Noche de verano», de Jorge Grau, dos semanas; «El espontáneo», de Grau, una semana; «Llanto por un bandido», de Carlos Saura, dos semanas; «Tiempo de amor», de Julio Diamante, tres semanas y media; «La tía Tula», de Miguel Picazo, cuatro semanas de exhibición en el momento de escribir este comentario.

Como puede apreciarse, de estas nueve películas, sólo hay una que haya tenido un franco éxito de público: «Del rosa... al amarillo». Summers supo llegar al público, divertirle, conmoverle. Conviene retener este dato, porque aquí puede encontrarse, posiblemente, la decepción que han causado los nuevos realizadores. Summers se planteó su primera película cara al público, sin soslayar la pretensión de comercialismo. Esta palabra —«comercialismo»— provoca el santo horror de algunos de los jóvenes realizadores españoles: ellos procuran hacer un cine de calidad, sin concesiones, un cine puro y distinto al que hicieron «los otros»... Todo esto está muy bien, es muy meritorio y no puede reprocharse nada, a menos que tal actitud conduzca a posiciones de «pureza» excesiva, de individualismo exacerbado. Y esto se ha dado en bastantes casos. En definitiva, se trata de un gesto romántico cuyo resultado práctico es la presencia durante pocos días en cartel de la película concebida de modo tan exclusivista.

Si examino esta cuestión bajo el ángulo de la repercusión popular de los films, no es sólo porque el cine sea una industria que, en nuestra particular estructura económica, necesita el asenso mayoritario para poder existir como tal, sino porque el cine es, también, un hecho cultural y su importancia radica en el grado de comunicación con el espectador. En un país como el nuestro, sobre todo, en el que amplias zonas humanas son culturalmente deficitarias, el único medio de influencia y educación masivas es precisamente el cine. Así, pues, el valor del film habrá que medirlo no ya por su estricta cualidad estética, sino por su grado de aportación cultural, por su posibilidad de suministrar al público unas determinadas ideas.

Evidentemente, si un film remonta penosamente la semana de exhibición, su acceso al público es considerablemente restringido. Y esto es lo que ha ocurrido con la mayoría de los films de los jóvenes realizadores. En primer lugar, es éste el reproche que cabe hacerles. Si los films en cuestión contenían una serie de ideas renovadoras, de ingredientes culturales que importaba comunicar al público, éste ha permanecido insensible a tal pretensión. Pero no juzguemos al público. Forzosamente ha de ser un elemento pasivo ya que no posee —por complicadas razones que aquí no se pueden expresar— los resortes intelectuales precisos para reaccionar adecuadamente ante las incitaciones de determinadas películas: recuérdese el reciente y expresivo caso de «El gotopardo», en su proyección en España.

Culpemos más bien al realizador que no ha sabido, o no ha podido, o —y esto es más grave— no ha querido entender su profesión en este sentido «utilitario» de servicio al público, en cuanto no ha aceptado el compromiso que el cine le exige. Pero aún hay más: en el caso del film de Summers —el único que ha encontrado una aceptación realmente popular— se da la circunstancia de que no es una obra absolutamente «nueva»; quiero decir que no es un film que señale una verdadera renovación con respecto a los restantes films españoles. Ni estética ni moralmente, «Del rosa... al amarillo» supone una ruptura con un cine caduco y conformista como es habitualmente la mayor parte de la producción española.

La gran madurez estilística de Jorge Grau o el intento de cine popular y espectacular de Saura no han encontrado la acogida del público. En cambio, un film literario, denso, muy personal, como es «La tía Tula», lleva ya cuatro semanas de exhibición. El público parece identificarse, o reconocerse al menos, con el personaje que interpreta Aurora Bautista. Pero interesaría también preguntarse si las numerosas ambigüedades del film son correctamente interpretadas por el espectador y si esa identidad con el personaje de Tula no desemboca, precisamente, en un sentido contrario al buscado por Miguel Picazo...

JESUS GARCIA DE DUEÑAS

Un doble perfecto



Los cristales,
los espejos
y los parabrisas

limpios y brillantes

dan el doble perfecto
de su imagen,
si los limpia con

LIMPIACRISTALES NETOL

**Obtenga doble limpieza
y por más tiempo
trabajando menos.**

**LIMPIACRISTALES****NETOL**

de doble efecto

PORQUE LIMPIA Y CONSERVA LA LIMPIEZA